

Domingo XIV Tiempo Ordinario

“El Espíritu del Señor esta sobre mí; me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres”

5 Julio 2009 P. Carlos Padilla

“Te basta mi gracia; la fuerza se realiza en la debilidad”

El otro día leía la respuesta de un alumno en un examen a la pregunta: “*¿Qué significa ser cristiano?*” El alumno respondió: “*Ser cristiano consiste en seguir a Jesús. Las consecuencias son, aparte del perdón divino, que la gente te mire con cara rara*”. Suele ser así en la vida. Sin embargo, a los mártires, no sólo los miraron con mala cara, como puede pasar hoy, les pidieron que renunciaran a sus creencias o a sus vidas. Y ellos no negaron a Cristo, no se pusieron en primer plano. **Es la paradoja que se da en las vidas de los mártires, que aman tanto la vida, que la entregan por amor a Dios.** Esta semana hemos recordado las **primeras persecuciones de los cristianos en los años 64-67**. Son las persecuciones que tuvieron lugar después de que Roma fuera incendiada y se acusara a los cristianos de tal hecho. **Decía Séneca, filósofo español, acerca de los cristianos asesinados en los circos o en las calles:** “*Pero lo mejor de todo, ni un gemido, nada piden, nada responden. Aún más: sonríen de pura bondad*”. Estos protomártires dieron su vida sin quejas y sin rebeldía, con la paz del que sabe que su vida descansa en Dios. No buscaron su fama y fueron conscientes de que, en su debilidad, se manifestaba la fuerza de Cristo. No se aferraron a sus bienes, a sus deseos ni a sus derechos. Se entregaron por amor a Cristo y por ese amor estuvieron dispuestos a dar la vida. Decía **S. Juan Crisóstomo** “*Los únicos que no reciben heridas son los que no combaten. Quienes se lanzan con ardor contra el enemigo son los que reciben los golpes*”. **Ellos eran conscientes de su cobardía y miedo ante la muerte, pero no dudaron; no rehuyeron la muerte ni el combate, porque sabían que en su fragilidad se iba a manifestar la fuerza de Dios.** A los santos los seguimos y **nunca nos desalentamos, porque cuando mueren, es cuando comienzan a vivir de verdad** y a darle sentido a todo lo que han entregado por amor.

Esta semana hemos celebrado la gran fiesta de **S. Pedro y S. Pablo, dos enamorados de Cristo que lo siguieron hasta dar la vida. Ese día se clausuró el año dedicado a S. Pablo.** Justo hoy hemos escuchado unas palabras de S. Pablo que expresan el sentido de su vida: “*Para que no tenga soberbia, me han metido una espina en la carne: un ángel de Satanás que me apalea, para que no sea soberbio. Tres veces he pedido al Señor verme libre de él; y me ha respondido: «Te basta mi gracia; la fuerza se realiza en la debilidad.»*” Es curioso, Pablo, nuestro gran apóstol, con ese carácter suyo, encendido y lleno de fuego, nos muestra su debilidad como camino de santidad. Un aguijón en la carne que le hace crecer en la humildad, para no dejarse llevar por la soberbia, que, sin duda, es la gran tentación de todo hombre. **Tres veces ha intentado verse libre de ese aguijón y tres veces le ha mostrado Dios, que su gracia es suficiente.** Con frecuencia nosotros volvemos el rostro a Dios para vernos libres de esa debilidad nuestra, que nos quita la paz y hace que perdamos fuerza para dominar nuestra vida. Queremos lograrlo todo con nuestras propias fuerzas y las caídas, la experiencia de los límites, nos resultan a veces insoportables. El otro día leía sobre **Edurne Pasabán**, una mujer que ha conquistado **12 de las 14 montañas más altas del planeta**. Su pasión ha sido siempre

desafiar la naturaleza, llegar a lo más alto posible y superar las barreras que parecen infranqueables. Me impresiona su fuerza y deseo de superación. Para subir una gran montaña es necesario estar en forma, con fuerza. Uno no puede llegar tan lejos estando débil. En el hombre existe el deseo de superación, de avanzar cada vez más y más. Llegar lo más lejos posible, aunque ello implique correr riesgos. Probar las fuerzas y superar las barreras que uno mismo, el mundo o la vida nos imponen. **Por eso cuesta tanto chocar con nuestra debilidad. Por eso la súplica de Pablo la repetimos incluso con más frecuencia que él, tres veces nos parecen pocas. No nos gusta la debilidad.**

La gran tentación del hombre, cuando sigue subiendo y superando barreras, es la soberbia, que nos hace creernos buenos, válidos para todo y capaces para la vida, casi invencibles. La soberbia nos impide tener misericordia con los débiles y nos puede alejar de un Dios, que no quiere a los soberbios y se abaja ante los débiles. El otro día leía la vida de un santo poco conocido, **Simeón el loco.** Se trata de **un santo eremita del siglo sexto**, que, después de vivir 30 años en la soledad y llevando una vida ascética, vio que la soberbia lo alejaba de Dios. Se esforzaba cada día en competir por ser más santo, por hacer más sacrificios, más esfuerzos y más oración. Competía consigo mismo. Vio entonces que esa lucha le hacía ser más soberbio y seguro de sí mismo. **Corría el peligro de dejar de ver la salvación y la vida como un don.** Fue entonces cuando decidió renunciar a lo que más fuertemente estaba atado, a su fama y a su vanidad. Venció su soberbia y comenzó a actuar de tal manera que le llamaron loco. Sus comportamientos eran poco convencionales. Algunos lo vieron como signo de iluminación divina, y otros le insultaron por sus extravagancias, e incluso llegaron a castigarle físicamente. Él había temido que el reconocimiento humano le hiciera caer en la soberbia y ahora experimentaba el desprecio. **Este desprecio de los hombres le hizo crecer en humildad y en amor a Dios. La vida era un don y él era libre.** Libre de su fama y vanidad. Decía el P. Kentenich: “*Se trata de una piedad sólida que no quiere otra cosa que el total desprendimiento de uno mismo para estar totalmente entregado a Dios*”¹.

Lo mismo podríamos decir hoy de Pablo. Él experimenta su debilidad y llega a afirmar algo que nos parece casi imposible: “*Por eso, muy a gusto presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo. Por eso, vivo contento en medio de mis debilidades, de los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque, cuando soy débil, entonces soy fuerte*”. Corintios 12, 7b-10. Estamos dispuestos a aceptar con cierta resignación la propia debilidad y las caídas. Podemos tolerar tal vez las privaciones y persecuciones. Pero lo que nos parece casi imposible de imaginar es alegrarnos, presumir y estar contentos con ellas. Presumimos de nuestros éxitos y virtudes. A nadie le gusta alardear de sus caídas. La alegría, como consecuencia de una caída o de sabernos débiles, nos parece antinatural. Ya nos avisa S. Francisco de Sales del peligro que encierran las caídas en nuestra vida: “*Si os ocurre alguna falta, no perdáis el ánimo, sobreponeros inmediatamente, como si no hubieseis caído*”. **El desánimo es propio de la experiencia del límite.** Cuando no podemos todo por nuestras fuerzas, no nos alegramos, más bien ocurre lo contrario. Por eso lo que nos pide Pablo es un desafío muy grande. **¿Presumir y alegrarnos de nuestra debilidad? ¿Nosotros, que estamos tan apagados al mundo y al reconocimiento de los demás por nuestros méritos y éxitos?** Se trata de **un salto de humildad** que sólo es posible en la luz del amor de Dios Padre. Ya lo decía el P. Kentenich, al interpretar el sentido de las palabras de S. Pablo: “*¿Por qué me complazco? Porque ahora la misericordia de Dios puede triunfar en toda mi vida: presente, pasada y futura. No podemos ser humildes (...) si un*

¹ J. KENTENICH, *En la escuela del apóstol S. Pablo*, 88

*verdadero amor no traspasa todo nuestro ser*². No hay verdadera humildad, sin la experiencia de un amor verdadero que nos eleva y pacifica.

En estos días se ha escrito mucho sobre **la muerte y la vida de Michael Jackson**. Él **representa el éxito** (más de 100 millones de copias vendidas de un solo disco en todo el mundo) y la fama. Sin embargo, su vida refleja la tragedia de una fama que le impidió madurar y crecer. Un titular decía de él el otro día: *“El hombre que nunca vivió”*. Y otro lo llamaba *“el rey solitario”*. Su muerte ha sido el final de una tragedia. Muchos corazones están rotos, porque su ídolo ha muerto, tal vez los ídolos no deberían morir. Llegó a ser un rey para muchos, un ídolo, un dios. Cuando un ídolo al que seguimos cae, todo deja de tener sentido en nuestra vida. **Puede ocurrir que sigamos a los ídolos equivocados, ídolos que mueren y no son eternos**. Ídolos frágiles, porque son humanos, y no están anclados en el mundo de Dios. Hoy hay muchos ídolos, porque el corazón busca a quien seguir. Ídolos deportivos sobre todo. Ídolos que nos hablan de aquello que el corazón anhela: la eternidad, la fama, el éxito, el triunfo, la gloria. Sin embargo, luego vemos que la fama muere y desaparece con el tiempo. Vemos que la fama y el dinero no nos dan la felicidad que soñamos. Los ídolos envejecen y dejan de representar lo que el corazón desea. **El otro día comentaba un tenista**, que había llegado a ser número uno hace ya tiempo: *“Cuando te hallas muy arriba, el mundo está muy pendiente, eres muy importante; cuando te hallas tan abajo, la gente no está tan pendiente, no eres tan importante. Es ley de vida. Las cosas son así y así serán siempre”*.

Los ídolos mueren porque son humanos. Los santos también mueren, sin embargo, la grandeza de sus vidas no se encuentra en su fortaleza, sino en la frase de S. Pablo: “La fuerza se realiza en la debilidad”. Estas palabras no dejan de sorprendernos y, sin duda, explican el sentido de la santidad. Esta paradoja da sentido a nuestra vida. No obstante, nos cuesta aceptarlo. Porque sabemos que la fuerza es lo contrario a la debilidad y nos gusta ser fuertes. Normalmente calculamos y vemos si tenemos fuerzas para la empresa que se nos presenta. **El cálculo es propio del hombre**. Mide sus fuerzas y actúa. **Pensar como S. Pablo exige un cambio de mirada y una conversión del corazón**. Esto sólo es **posible si el Espíritu viene sobre nosotros**: *“En aquellos días, el espíritu entro en mí, me puso en pie, y oí que me decía: - «Hijo de Adán, yo te envío a los israelitas, a un pueblo rebelde que se ha rebelado contra mí. Sus padres y ellos me han ofendido hasta el presente día. También los hijos son testarudos y obstinados; a ellos te envío para que les digas: “Esto dice el Señor” Ellos, te hagan caso o no te hagan caso, pues son un pueblo rebelde, sabrán que hubo un profeta en medio de ellos.»”* Ezequiel 2, 2-5. Dios elige a sus profetas y los envía; son hombres que viven en el Espíritu, hablan lo que Dios les inspira, viven como Dios quiere que vivan. De esta forma, eligió a Ezequiel y eligió a tantos otros hombres débiles, en los que se manifestó la fuerza de Dios. **Los profetas y los santos, son hombres conscientes de sus límites y saben que su misión puede fracasar**. No obstante, el mundo sabrá que fueron profetas. Saben, dice **S. Ireneo**, que *“Dios no obliga a nada que esté por encima de nuestra naturaleza. Si la felicidad consiste en la visión de Dios y si para ver a Dios es necesaria la pureza del corazón, es evidente que esta pureza de corazón, que nos hace posible la felicidad, no es algo inalcanzable”*. En Dios es posible alcanzar las cumbres más altas, las que nunca soñamos con pisar. Ya no hablamos de 8.000 metros de altura, como las montañas escaladas por Edurne Pasabán, **hablamos de las cumbres del infinito, donde nuestro corazón podrá descansar en la paz verdadera**.

Las palabras del Salmo reflejan ese espíritu de aquellos que confían en Dios:
“Nuestros ojos están en el Señor, esperando su misericordia. A ti levanto mis ojos, a ti que habitas en el cielo. Como están los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus señores. Como

² IBÍDEM

están los ojos de la esclava fijos en las manos de su señora, así están nuestros ojos en el Señor, Dios nuestro, esperando su misericordia. Misericordia, Señor, misericordia, que estamos saciados de desprecios; nuestra alma esta saciada del sarcasmo de los satisfechos, del desprecio de los orgullosos". Sal 122, 1-2a. 2bcd. 3-4. Os he hablado con frecuencia de Olga Bejano. Es una mujer pentapléjica, que murió en diciembre del año pasado, dejando un testimonio impresionante de fe y esperanza en la enfermedad y en la debilidad. En su obra póstuma, "Alas rotas", dice: "Son muchas las personas que me preguntan: ¿De dónde sacas tanta fuerza? Mi respuesta es siempre la misma: Un veinte por ciento genética, otro veinte por ciento por mi signo zodiacal (Escorpio) (...) El sesenta por ciento es Dios y mi gran fe en Él"³. Es el sentido de nuestra esperanza. **En Él descansa nuestra debilidad e impotencia.** Sin Dios no es posible vivir en el espíritu que descubrimos en las lecturas de hoy.

La semana pasada hablamos de la importancia de la fe para que ocurran milagros en nuestra vida. Hoy vuelve a aparecer la fe, mejor dicho, la falta de fe de los familiares y vecinos de Jesús en Nazaret, que querían ver milagros. Ellos no tenían fe y Cristo, entonces, no puede actuar: "En aquel tiempo, fue Jesús a su pueblo en compañía de sus discípulos. Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada: - « ¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le han enseñado? ¿Y esos milagros de sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? Y sus hermanas ¿no viven con nosotros aquí? Y esto les resultaba escandaloso". **Lucas nos deja en su Evangelio el texto de Isaías que Jesús leyó en la Sinagoga y lo que dijo:** "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado para llevar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar libertad a los presos y a dar vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a anunciar el año favorable del Señor." Luego Jesús cerró el libro, lo dio al ayudante de la sinagoga y se sentó. Todos los presentes le miraban atentamente. Él comenzó a hablar, diciendo: -Hoy mismo se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros" Lc 4, 16-30. Estas palabras desconciertan a aquellos que conocían tan bien a Jesús. Son palabras proféticas, que muestran cómo Dios conduce nuestra vida y da señales que muestran el camino a seguir. En las palabras de Isaías se esconde la misión de Jesús. **El vino para liberar, para enriquecer, para da la vista y la vida.** Sin embargo, ellos no se creían pobres, ni ciegos, ni presos. En realidad, pensaban que no necesitaban esos milagros. Se sentían capaces de todo, orgullosos y no necesitados de nada. **La pretensión de Jesús les parecía intolerable.** Por eso lo rechazan, porque no creen en Él y su poder no les hace falta.

No podían creer que alguien como ellos tuviera fama de santidad. Les pasa como **Santo Tomás**, a quien hemos celebrado esta semana, que no creía en Cristo vivo, hasta que él mismo pudiera meter los dedos en su costado abierto, en sus heridas. **Los familiares de Jesús, sus amigos**, aquellos que lo conocieron de verdad en su juventud, en esos 30 años en los que permaneció oculto al mundo, **no pensaban que Jesús pudiera tener un don especial**. No creían que alguien normal, un familiar suyo, pudiera ser elegido por Dios. El Evangelio habla de hermanos, pero como dice S. Beda, "no viendo en ellos, como los herejes, a otros hijos de José y de María, sino a parientes sólo de Él, a los cuales, según costumbre de la Escritura, se llama hermanos, como a Abraham y Lot (Gn 13), siendo Lot hijo del hermano de Abraham". Son parientes y, por lo mismo, no creen en él. Conocían su familia su entorno. **Les parecía todo demasiado común y débil, para que Dios pudiera posar su mirada y actuar ahí.** Creemos en los ídolos que no están cerca, que no son tan humanos como nosotros. Cuesta aceptar que, detrás de un ídolo como Michael Jackson, pudiera esconderse un hombre débil y herido, consumido por las medicinas y las operaciones, sin esperanza y casi sin vida. Los ídolos, para ser

³ OLGA BEJANO, *Alas rotas*, 168

ídolos, han de permanecer lejos, han de parecernos inalcanzables. **Para los habitantes de Nazaret, Jesús era demasiado cercano, lo conocían, creían ellos, demasiado bien.**

Decía Jesús: «*No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa.*» **Sus parientes conocen al profeta y no creen en la acción de Dios en él, no tienen fe.** «*No pudo hacer allí ningún milagro, sólo curó algunos enfermos, imponiéndoles las manos. Y se extrañó de su falta de fe. Y recorría los pueblos de alrededor enseñando*». Marcos 6, 1-6. Decía **S. Teofilacto sobre este Evangelio:** «*En los milagros es necesario el poder del que los hace y la fe de los que son objeto de ellos, lo cual faltaba allí*». Ellos no tenían fe porque Jesús les parecía el simple hijo de un carpintero y eso era demasiado normal, demasiado cercano para poder creer. No creemos en profetas a los que conocemos tan bien. Nos pasa con frecuencia con nuestros amigos y familiares. Nos puede pasar con nuestro cónyuge. **Creemos que conocemos muy bien sus defectos y, por lo tanto, Dios no puede hacer ya milagros con ellos.** Nos quedamos en la debilidad y pensamos que no hay nada más. Ya no creemos en los milagros, en la transformación de las almas, cuando se dejan conducir dócilmente por Dios. Decía **S. Ireneo:** «*El que tiene el corazón limpio de todo afecto desordenado a las criaturas, contempla, en su misma belleza interna, la imagen de la naturaleza divina*». Si tuviéramos esa mirada tan pura, veríamos a Dios actuando con mucha facilidad en nosotros mismos, en los que nos rodean. El lugar que él más quería, su propia tierra y su familia, se convierten en tierra poco fértil donde sus palabras no tocan el corazón. **Allí no puede hacer milagros porque nadie tiene la fe de Jairo o de la mujer enferma, que tocó con fe su manto entre la gente.** Todos quieren un milagro, pero no para crecer en su fe, no para cambiar de vida, sino para estar orgullosos de aquel hijo de su tierra, que era conocido en tantas partes. **La vanidad motiva su curiosidad. Pero ellos no quieren ser salvados.** Porque ser salvados, como veíamos la semana pasada, exige un cambio radical de vida.

En Lucas las dudas y desconfianza de los suyos se transforma en ira: «*Al oír esto, todos los que estaban en la sinagoga se llenaron de ira. Se levantaron y echaron del pueblo a Jesús. Lo llevaron a lo alto del monte sobre el que se alzaba el pueblo, para arrojarle abajo. Pero Jesús pasó por en medio de ellos y se fue*». La ira surge por la impotencia. No entienden que Jesús no quiera hacer milagros entre ellos. No encuentran lógico que no actúe como en tantas partes. No se dan cuenta de que es su falta de fe la que provoca que Jesús siga su camino. Como Herodes ante Jesús, la noche del Jueves Santo, ellos sólo quieren ver un **milagro por curiosidad**, para calmar el deseo de ver cosas maravillosas. Habría enfermos en Nazaret que no creyeron y nunca recibieron la salud de Cristo. **Su ira manifiesta su propia desesperación.** No creen y su ira les hace todavía más incrédulos.

Hoy volvemos la mirada a María, como cada domingo. **Ella estaría aquel día en Nazaret, entre los familiares de Jesús.** Ella sufriría al ver tanto rechazo, tanta indiferencia y falta de fe. Ella experimentaría el mismo dolor que su Hijo al ver corazones tan cerrados, tan bloqueados ante el amor y la vida. Hay dos posturas ante la vida, la de aquellos que se abren al don que les regala con la vida y la de aquellos que no tienen sueños, que no aspiran a nada más, que a sobrevivir cada día. **Hoy quería acabar con un poema de Rudyard Kipling que refleja el sentido de la vida, el deseo de vivir de verdad:** «*No quise dormir sin sueño/ y elegí la ilusión que me despierta/ el horizonte que me espera/ el proyecto que me llena/ y no la vida vacía de quienes no buscan nada/ no desean nada más que sobrevivir cada día*». Nosotros queremos vivir así, aspirando a subir a las cumbres más altas, no gracias a nuestras fuerzas, **sino a la fuerza de Dios, que nos eleva sobre nuestra debilidad.** Así hizo con María y la hizo morada de Dios. Así hace con nosotros, si nos dejamos educar por sus manos de Madre.